

“Hay, sin embargo, ciertos principios que, á nuestro juicio, deberán regir la conducta política que el gobierno de los EE. UU. espera de vos. *El primero* de estos principios es que, como representante de los Estados Unidos, *estáis acreditado* cerca del gobierno republicano, *de que es Presidente el Sr. Juárez.*”

“Vuestras comunicaciones, como representante, irán dirigidas á él *donde quiera que se encuentre*; y en ningún caso podéis reconocer oficialmente, ni á Maximiliano, que pretende ser Emperador de México, *ni á cualquiera otra persona, jefe ó comisión* que ejerza el poder ejecutivo en México sin haber dado antes cuenta á mi departamento y haber recibido las instrucciones del Presidente de los Estados Unidos.....”

“De estos principios se deduce que no debéis hacer estipulaciones con los jefes franceses, ni con el Príncipe Maximiliano, *ni con cualquier otro partido que tienda á contrarrestar ó oponerse á la administración del Presidente Juárez*, ó á retardar y aplazar la restauración de la autoridad republicana.”

Tras de las fuerzas republicanas el peregrino de Paso del Norte se acercaba á la capital de México y al caer la plaza de Querétaro en poder del valiente general Escobedo, ya el Gobierno se encontraba en San Luis Potosí.

Allí se pusieron en juego toda clase de influencias para salvar la vida de Maximiliano: los defensores de éste, con una actividad digna de elogio y un talento reconocido, tocaron todas las recursos, apelaron á todos los medios. Escogidos por Maximiliano en el campo republicano los defensores, éstos tenían que luchar sin descanso para llenar su cometido, á fin de que no cayera sobre su honra, que en aquellos momentos era la de la patria, la mancha de traición á su defendido. Aunque yo no esté, como individuo aislado, de acuerdo con muchas de las ideas vertidas por los defensores y sí más de acuerdo con las apreciaciones de Juan de Dios Arias, como mexicano los aplaudo, porque ellos demostraron á

la faz del mundo entero, que en México la palabra “conciencia” es una verdad en la religión de la honradez.

Todos los recursos fueron inútiles.

La denegación del indulto obedeció á dos principios inviolables: la justicia del fallo y la conveniencia pública.

Maximiliano había sido la última bandera levantada por un partido tenaz para sostener sus fueros y sus absurdos privilegios. Vencido y humillado ese partido en la guerra de tres años, había ido á Europa á buscar un refugio y un apoyo, y el extraviado de Miramar, el soñador de Caserta, había sellado con su atroz complicidad aquel pacto maldito. Perdonado, y suponiendo en él la lealtad, de que no dió pruebas, para no volver á pisar la tierra mexicana, su aliado, ese partido que germina entre la humedad de los beaterios, y el silencio de las sacristías, habría tenido pretexto para levantar el grito de rebelión en nombre de su *noble proscripto*: sus periódicos demostrarían á los ignorantes, con el arsenal de sofismas de que disponen, que ya se había operado una reacción favorable y llegaba la época de volver á sentar en el trono de México al enviado del cielo. Era necesario ser inflexible en aquella sentencia cuya ejecución salvaba á la República de posteriores trastornos. Juárez lo comprendió; no podían ocultarse tan graves consideraciones á su rara penetración; por eso en la entrevista con los defensores contestó lo siguiente:


“Al cumplir U.U. el encargo de defensores, han padecido mucho por la inflexibilidad del Gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella, ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son en el momento inexorables, porque así lo exige la salud pública. Ella también puede aconsejarnos la economía de sangre, y este será el mayor placer de mi vida.

“Esta breve contestación, era el fallo irrevocable de un destino

fatal; era la llave forjada en el fuego de la revolución de cincuenta años, que una vez concluida, solo tenía el preciso objeto de cerrar con estrépito las puertas del pasado, para que una época de errores y desaciertos, quedase enteramente separada de otra época fecunda en promesas de independencia, de orden y de paz: era también una apelación á la historia en forma dogmática: era la oración con que se consagraba el sacrificio de la víctima en las aras del porvenir." (Juan de Dios Arias.—Historia del Ejército del Norte).

El último triunfo alcanzado por el benemérito ejército de Oriente al mando de la otra figura colosal de nuestra historia, General Porfirio Díaz, abrió las puertas de la capital de la República al gobierno constitucional, cuya entrada fué solemne y brillante. La multitud entusiasmada formaba una extensa valla desde la garita de Chapultepec hasta el Palacio nacional. Juárez recibió la ovación más completa y la bienvenida más ardiente.

Conocidos los anteriores datos que tan someramente he presentado á la pública consideración, me resta contestar una pregunta: *¿Qué hacía entretanto la colonia trashumante de Paso del Norte?*

 DEVOLVER A LOS MEXICANOS UNA PATRIA INMORTAL PARA LA HISTORIA.

A la consumación de la grandiosa obra llevada á cabo por el pueblo de la República, cooperaron á la vez con las armas en la mano valientes ciudadanos que si en la primera época de esta lucha asombrosa merecieron bien de la patria, en la segunda que vamos á recorrer paso á paso, llegaron á la sublimidad del sacrificio. Unos ignorados por la humildad de su clase; otros cuyos nombres constarán en este libro, forman entre todos ese cielo de gloria tachonado de astros de primera magnitud, entre los cuales llama la atención por su aureola de luz y de grandeza, el humilde soldado Porfirio Díaz que, acaso sin quererlo, y definitivamente sin ambicionarlo, ha

ofuscado tanto brillo al atravesar sereno y magestuoso nuestro horizonte político.

Las lágrimas que la Patria ha derramado sobre la tumba de sus héroes, han sido fecundantes.

A Hidalgo, le sucede Juárez: á Juárez le sucede Díaz.

En la escuela del humano progreso, los discípulos han ido superando á los maestros.

Con Hidalgo aprendimos el *abecedario* de la libertad: con Juárez el *silabario* de la reforma y con Díaz el *libro segundo* de la democracia.

La vida militar de ese valiente general, consagrada toda sin faltar un sólo día á la causa de la República, servirá de noble y levantado ejemplo á las generaciones venideras.

En las humildes hojas de este libro, están relatadas una por una las acciones siempre gloriosas en que tomó parte nuestro héroe: ya lo vimos como subalterno en la primera época de esta reseña, distinguirse como el primero en la serenidad, en el valor y en la disciplina.

Ahora vamos á contemplarlo conduciendo á sus soldados á la victoria y dando el último toque en el hermoso cuadro de nuestra emancipación.

Sin desconocer ni amenguar los méritos del esclarecido ejército del Norte que tan activa parte tomó en la guerra de nuestra segunda independencia, ni de los servidores del gobierno que diseminados por todos los ámbitos de la República cooperaron al restablecimiento de ésta, tenemos sin embargo que reconocer al general Díaz, en la importante línea de Oriente, como el primero en la lucha, rueda motriz de aquella grandiosa máquina que á su poderoso choque hizo pedazos un trono que había querido cimentarse sobre el cráter de un volcán en erupción.

Hay en la vida del general Díaz, rasgos que conmueven unos, y electrizan otros, pero no debo aglomerarlos aquí, para no quitar al curso de esta Reseña el principal atractivo que le dan aquellos, relatados en su fecha y juntos con los acontecimientos que los inspiraron.

Para no interrumpir el plan que me he formado en la continuación de esta obra, creí conveniente segregarse lo relativo á Maximiliano y á Juárez que se ligara en algo con mi objeto principal, porque siempre para el lector es fatigoso no llevar una ilación perfecta en los relatos que le interesan, y hubiera dejado un vacío inmenso si no tocara, aunque someramente, acontecimientos importantes para el país; unos, origen y motivo de la guerra que con tanto ardor se mantenía, y otros, alma y núcleo de guerra tan gloriosa.

Hoy que la barca de aquella existencia tan cara y tan preciosa cruza apacible y serena sobre la mansa superficie del Océano político, dominado entera y exclusivamente por el héroe del 2 de Abril, es cuando, en mi humilde concepto, debe hacerse conocer la verdad histórica basada en documentos que, por su autenticidad, no admiten réplica.

Porfirio Díaz tiene como pedestal en el monumento de su gloria, la admiración de los pueblos.

Es una de esas figuras brillantes que ofuscan por su esplendor, á cuantos quisieran disputarle su grandeza.

Si la huella del hombre se marcara con luz cuando es un héroe, la zona comprendida en toda la línea de Oriente, parecería una hoguera inconmensurable que atraería hacia su inmenso foco todas las miradas, como si fueran absortas mariposas de la gloria.

Porfirio Díaz, con autorización expresa del Supremo Gobierno tuvo el mando político y militar del Distrito

federal y de los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Morelos, Guerrero, Campeche, Tabasco, Yucatán, Oaxaca, Chiapas, Estado de México é Hidalgo: en línea tan extensa dejó su nombre esculpido y rodeado de luz inextinguible. Fué en esa zona tan grande, una especie de mano bienhechora que sembraba la tranquilidad en todos los puntos hasta donde se extendía su acción.

La deuda de gratitud que la patria contrajo con el héroe, es inmensa.

No tenemos en el tesoro de nuestro cariño, ni la gratitud ni la veneración necesarias para satisfacerla.

Esa deuda pasará con saldo á la posteridad.

Ella y la historia tendrán la obligación de liquidarla.

